

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VIII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 12 DE ENERO DE 1896.

La correspondencia al director, Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 299.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.



CUANDO, menos lo pensaba me veo obligado á escribir el Palique.

El director de este semanario, que es á quien pertenece escribirlo por derecho propio, lo ha delegado en mí, pásmense ustedes, en mí, pues él está muy ocupado en escribir... cartas á Cuba, entre la vida

y la muerte, augurándole una cuantiosa fortuna.

Más yo, conociendo mi insuficiencia, me dije: cargaré el mochuelo á otro; pero en vano he buscado quien me reemplace.

Fuí á ver á *Santiaguico* y le propuse lo del Palique y me contestó que no podía por estar ocupado en hacer un soneto para una señorita.

Primer fracaso: me salí de su casa malhumorado y diciendo:

Así te salga un soneto peor que los de Carulla. Tal no hubiera dicho; pues vi venir un libro sobre mi cabeza, que si me descuido en tomar la puerta me fastidia.

Fuíme á ver á Quintín Martín, quien también ocupadísimo en su Agencia Matrimonial, tampoco pudo acceder á mis súplicas: este fué el segundo desengaño.

Por último, y ya desesperado, me encaminé casa de un amigo zapatero de profesión y me dijo, que no podía escribir el Palique porque estaba poniéndole medias suelas á un concejal. ¡Maldición!—dije—todo se conjura contra mí; y maldiciendo á Cuba, los sonetos, los matrimonios y los concejales, tuve, en contra de mi voluntad, que ponerme á escribir, mejor dicho, á emborronar; pues he desperdiciado más cuartillas que cuartillas tiene una fanega.

No sabía qué decir en este Palique; pero un verso endecasílabo y una joven poetisa, me dieron el tema.

¡Qué joven tan hermosa y qué lástima que se dedique á la poesía! sí, porque es muy fácil que enferme del corazón si continúa escribiendo esos versos.

La chica en cuestión, es amiga mía y al pasar por su puerta anteayer me llamó y me dijo: «quisiera que viera V. unos versos que he compuesto y que los insertaran en LA JUVENTUD LITERARIA.»

Muy bien—la dije—por más que no soy poeta, los veré y diré al Director que los ponga... (al fresco).

¡Qué pejiquera y vaya una pinta la de los dichosos versos!

Como comprendo que ustedes estarán impacientes por conocerlos, voy á copiarlos para que aprendan á medir y á rimar; pero como todos los cuartetos están cortados con la misma tijera, me conformo con copiar el primero.

«A UN INGRATO

Tú me robaste la calma y también la demi ma- como sale de su tumba (dre la aurora vespertina que deja la noche.

Justa Lusta Musta.»

¡Qué fluidez de palabras! ¡qué medida tan exacta! y sobre todo, ¡qué consonantes tan castizos los de tumba y noche!

Los leí y á otro día que la vi, la pregunté:

Justa, ¿es V. pariente del poeta Carulla? Ella, tomando á Carulla por un hombre inmortal, me dijo:

—Aunque lejana, si señor.

—Se comprende, tiene V. toda la escuela de su pariente.

—Qué, ¿le gusta á V. mi composición?

—Sí, y hasta le aseguro que no he visto otra como ella; pero tiene V. que reformarla un poco: quítele al primer verso las cinco sílabas que le sobran y se las pone V. por muleta á los demás que están algo cojos. Por lo demás, la aurora lo mismo tiene que sea vespertina que matutina, y en vez de tumba, ponga V. coche para que consuene con noche y al mismo tiempo para que vayan montados los versos cojos.

Ella me prometió enmendarlos; pero yo no he vuelto por su casa, porque prefiero morir de una pulmonía, á morir con un rimazo de Justa Lusta.

Entre tanto, el Director escribe telegramas á su tío y vislumbra una fortuna que se le hecha encima.

Ojalá y muera su tío que se realicen sus deseos; pues no cojeré yo la menor parte, por ser encargado de llevar los telegramas á la central.

Y doy fin al Palique haciendo la cruz á las poetisas incipientes, á los sonetistas y á todos los que tienen la culpa que yo sea hoy el «chazme reir» de las bellas lectoras, á quienes suplico dispensen las faltas de este improvisado paliquero q. b. s. p.,

P. JARA CARRILLO.



A mi estimado amigo

MIGUEL VILAR JUAN.

AVENTURAS NOCTURNAS.

Cierta noche del estío, en que el silencio reinaba, reclinado me encontraba junto á la margen de un río.

Y en tan solitaria calma, de la corriente el arrullo, escuchaba su murmullo con sumo placer mi alma.

De vez en cuando mugía cual triste gemido el viento, rasgándose turbulento por entre la selva umbría.

La luna sus rayos vierte de plata en noches tan bellas, y un sinnúmero de estrellas cubren la esfera celeste.

Y allí, meditando en son de aquel silencio profundo, reniego al placer del mundo y me entrego á la oración.

Por esto te digo, amigo, que medites tú también, y hallarás supremo bien en todo cuanto te digo.

Que el alma en placer, rebosa cuando está en la soledad, do se admira la verdad tan esplendente y hermosa.

Pues muchas veces engaña la amistad, siendo traidora, y por esto, á cualquier hora, detesto toda compañía.

¿Qué consuelo puede haber mayor que el de la conciencia? Pues mejor que la experiencia suele muchas veces ser.

Por eso en noche de estío, cuando el silencio reinaba, meditando me encontraba junto á la margen del río.

FRANCISCO GARCIA EGEEA.



Dionisio, Manuel y Antonio, son unos buenos amigos, que se pasan las vegadas jugando al tute y tresillo.

Cada cual, en estas noches, mata á su manera el frío; los que pierden se calientan, y los que ganan... lo mismo.

ÉPIGRAMA

Una vez en su existencia A favor de una tendencia Generosa y delicada, Corazón é inteligencia Puso con ansia esforzada.

No fué su triunfo glorioso Y halló en algunos desdén, Que para lo más hermoso El egoísmo envidioso Tiene sus dardos también.

Pero yo, que sin recelo Ví con justa admiración Cual dió remate á su anhelo, Por premio á tanto desvelo La estreché con efusión.

Luego en su frente, sin calma Estampé un ósculo ardiente Y comprendí fácilmente Que también se besa el alma Cuando se besa en la frente.

ENRIQUE REAL.



Epigrama.

Inclinada la cabeza Hacia su esposo difunto, Una mujer allí junto Con santa devoción reza.

Más si alguno, que se quite De aquel sitio, la amonesta: —Estoy rezando, contesta, Para que no resucite.

M. AZCUTIA.

